

El cine de Pedro Almodóvar en La Habana...

UN RIGUROSO con OROPEL DE LIBERTINO

• *Rufo Caballero*

Luego de toda suerte de tirantes escarceos, la cultura española ha vindicado a Pedro Almodóvar, convencida de que todo cine serio que se precie de vivo necesita una iconoclasia así de tonificante.

Porque en un primer y elemental nivel, Almodóvar es ese tío pagano que sin creer en altares ha contribuido sustancialmente al proceso de democratización de la cultura azuzado con ímpetu desde los años 60, pero acaso sólo triunfante en el último decenio. Una oportuna relativización del valor cultural mucho más allá de las artificiales fronteras entre masas y élite, en el fragor mismo del hervidero posmoderno que sabe de otras tantas desacralizaciones. Así, el cine de Almodóvar es el gesto desinhibido que naturaliza todas las opciones sexuales posibles, desritualiza y libera la conciencia, y confiere al vasto repertorio de actuales escatologías urbanas el protagonismo activo y honesto que hace tanto tiempo venían recabando del arte.

Pero todo ello de poco serviría si sus películas sólo fueran puro aquelarre. A mi juicio lo más interesante en Almodóvar está en la manera obli-



cua como potencia, por detrás del oropel y la fanfarria, un agudo sentido humanista en defensa de la espiritualidad, la tolerancia y el entendimiento. De tal manera que su arte aparece animado, aunque poco lo subraye, por una sutil vocación poética, gustosa de abordar las más sensibles y hondas pasiones humanas en toda su grandiosa dramática (lo cual se evidencia, en última instancia y no obstante los distanciamientos paródicos, con su furibundo amor por el melodrama regio). Las mejores cintas como **Mataador** o **La ley del deseo**, no son otra cosa. Aún **Mujeres al borde...**, que pareciera pura pirueta,

en su profunda disección de la psicología femenina, y ese feroz desasosiego ante la soledad, revela una tristeza, un hálito, un tono, un sentimiento de cálido fulgor poético.

hondura conceptual que se va correspondiendo con un cada vez más sostenido rigor factual en la construcción del discurso fílmico.

No por gusto Almodóvar se mofa con frecuencia, desde **Laberinto de pasiones** hasta **Tacones lejanos**, del falso sicologismo y los estereotipos de representación en el cine. En el suyo hay pues una notoria evolución sintáctica que ha sabido destilar y estilizar aquella brocha gruesa y disparatada de los comienzos -entre el pop y el punk-, en pos de una gramática inteligente, ambigua y refinada, más eficaz con la sutileza y menos torpe en su polisemia, que tiene en la dirección de actores su arista más brillante como en la dramaturgia su punto decididamente neurálgico. Aún cuando muchos extrañen la frescura, la espontaneidad y el desenfado de aquellos tiempos iniciales.

Hay quien habla incluso de agotamiento en un código que ya se repite demasiado -cine de autor, a no dudarlo- y en tal sentido su última película, **Kika**, no ha recogido precisamente comentarios favorables. De cualquier forma, valdría recordar que esa misma crítica usualmente ensañada con los estrenos de Almodóvar, pronto convierte a sus obras en películas de culto incondicional...

Así que, cuando Pedro va dejando de ser el maldito feroz del cine español porque nuevos "mutantes" le suben la parada hasta lo impensable, recibamos **Kika** y el ciclo todo con la expectativa merecida por este tío gruñón pero tierno, que se ganó los años 80 a golpe de tenacidad y talento, entre deliciosos guiños cinéfilos, pastiches, rancheras y endiablados boleros apocalípticos, y que tiene que ver con nosotros mucho más de lo que podamos sospechar.